

INVENTARIO

La taza en el segundo estante,
la que siempre ponías a secar boca abajo
como si el agua también necesitara tiempo.

El hábito de dejar la luz del pasillo encendida.
El nombre con que llamabas al perro
cuando creías que nadie te escuchaba.

La manera de doblar los periódicos:
en cuatro, por la noticia que más te había dolido,
como si doblar fuera una forma de cerrar.

Tu lado de la cama,
que guarda todavía la inclinación exacta
de un cuerpo que sabía cuánto espacio ocupaba.

Todo esto queda.
Todo esto es lo que deja la partida:
no el vacío, que es lo que esperaba,

sino esta acumulación silenciosa de gestos
que siguen ocurriendo sin ti,
como verbos que han perdido su sujeto
y no saben todavía que deben detenerse.

La taza.

La luz.

El periódico doblado sobre la mesa.

Tu nombre en mi boca sin nadie que lo reciba.